

40 años de Bronce del Suroeste: aportaciones desde su periferia extremeña

IGNACIO PAVÓN SOLDEVILA¹
ipavon@unex.es

DAVID-MANUEL DUQUE ESPINO²
despino@unex.es

RESUMEN

Pretendemos exponer el considerable enriquecimiento que para la definición del Bronce del Suroeste están suponiendo los estudios sobre el II milenio a.C. en la Extremadura meridional. Así, de considerarse un territorio de difusión hacia mediados de los setenta, cuarenta años después se ofrece más bien una imagen de plena integración. Geográficamente periférico, aunque poco “periférico” en sus expresiones materiales, culturales y cronológicas, este espacio ofrece hoy al Suroeste, entre otras aportaciones, una secuencia de referencia, elementos arquitectónicos y un modelo paleoeconómico.

PALABRAS CLAVE: Edad del Bronce, II milenio a.C., Extremadura, arquitectura, paleoambiente, territorio.

ABSTRACT

We try to expose the considerable enrichment that for the definition of the Bronze of the Southwest the studies suppose on the millenium II B.C. in the southern Extremadura. So that, during the seventies it was considered a territory of diffusion, forty years later it is offered an image of full integration. Geographically peripheral, though “little peripheral” in his material, cultural and chronological expressions, today this space offers to the Southwest, between other contributions, one sequences of reference, architectural elements and a model palaeoeconomic.

KEYWORDS: Bronze Age, millenium II B.C., Extremadura, architecture, paleoenvironment, territory.

¹ Grupo de Estudios Prehistóricos Tajo-Guadiana del Área de Prehistoria de la Universidad de Extremadura.

² Investigador del Subprograma Ramón y Cajal del MICINN. Grupo de Estudios Prehistóricos Tajo-Guadiana del Área de Prehistoria de la Universidad de Extremadura.

Si bien la recopilación de datos referentes a la Edad del Bronce, que se remonta en el sur de Portugal a fechas sorprendentemente antiguas, encuentra en Estácio da Veiga, Leite de Vasconcelos o Abel Viana investigadores muy dignos de mención, su comprensión no puede entenderse hoy sin la visión de conjunto y el análisis de Hermanfrid Schubart, quien por primera vez apreció la fuerte personalidad y entidad diferenciable de la por él denominada “Cultura del Bronce del Suroeste”. Cuando a mediados de los años setenta el profesor Schubart se propuso definir la zona de expansión de dicho Bronce del Suroeste, lo hizo recurriendo a los mapas de distribución de dos de sus elementos más característicos: los enterramientos en cista y las vasijas cerámicas carenadas. Desde esos planeamientos, la Baja Extremadura española pasó a considerarse también parte, junto a los distritos de Faro (Algarve), Beja y sectores de los de Setúbal (Bajo Alentejo), Évora (Alto Alentejo), Huelva y Sevilla (Andalucía Occidental), de su *territorio de difusión* (Schubart, 1974a: 356 y 360). Aunque inmersa en la dominante corriente histórico-cultural (García Sanjuán, 1999: 49-52; Parreira y Barros, 2007: 92), dicha síntesis -y aun partiendo de la realidad arqueográfica- trascendía, en nuestra opinión, los rígidos corsés del viejo paradigma al apuntar incipientes discursos multidireccionales entre geografía, diversidad material, economía y sociedad que embrionariamente prometían una lectura más dinámica del pasado.

El papel del territorio badajocense en la nueva percepción, reconocible y a la vez plural (Schubart, 1974a: 360-362), del Bronce del Suroeste resultaba aún difícil de valorar. Así, a comienzos de los setenta el propio Schubart estudió la arqueología de Colada de Monte Nuevo (Olivenza), planteando unos posibles enterramientos secundarios de la Edad del Bronce, en base a algunos materiales cerámicos y metálicos procedentes del ajuar de la mencionada tumba megalítica (Schubart, 1971a), que si embargo no tuvieron reflejo en el catálogo de su posterior obra magna (Schubart, 1975: 179). No obstante, la idea sugerida en el artículo sobre ese yacimiento oliventino arraigó entre los investigadores de la Extremadura prehistórica y se desarrolló en algunos trabajos posteriores. En este sentido, la valoración de algunas piezas procedentes de una acción incontrolada en la localidad de Guadajira, y el examen de los restos de una tumba circular y una cista, proporcionaron a V. Hurtado (1985), tras una intervención de salvamento, nuevos argumentos para su interrelación cultural con los horizontes de Ferradeira y Atalaia. Prácticamente a la par, M. Gil-Masarell, A. Rodríguez y J. J. Enríquez (1986) publicaban un artículo en el que recogían nuevos casos de cistas, repartidas por buena parte de la provincia y distribuidas entre el tránsito del Cobre al Bronce y los siglos centrales del II milenio a.C.

Por su parte, en 1987 tuvo lugar la primera campaña de excavaciones en el sector de *la solana* del Cerro del Castillo de Alange, punto de inflexión –a nuestro juicio– en los estudios sobre el Bronce pacense, como expondremos en las páginas siguientes. Pero fue el mundo funerario, sin embargo, el que siguió ofreciendo argumentos más numerosos para entender la relación cultural entre estos espacios interiores y el Suroeste, con evidencias tanto en Tierra de Barros (Pavón, González y Plaza, 1993) como en las estribaciones occidentales de Sierra Morena (Enríquez y Carrasco, 1995); contribuyendo así a esbozar un panorama más o menos generalizado de rasgos funerarios y materiales “portugueses” en el sur de la Extremadura de la Edad del Bronce.

Obviamente resulta desajustado, y podría considerarse hasta políticamente incorrecto, expresarse en esos términos, pero a nadie escapa que el sesgo de dichos rasgos y materiales pudo llevar a algunos sectores de la investigación a olvidar a las provincias suroccidentales de nuestro país en las valoraciones de la –para algunos– “primera edad de oro de España”, inspiradas en idénticas percepciones para lo que es el espacio europeo (Ruiz-Gálvez, 2001). Si, como recuerda en el prólogo de *La Edad del Bronce, ¿primera edad de oro de España?...* M. Ruiz-Gálvez (integrante del comité español nombrado por el Ministerio de Cultura al efecto), el Consejo de Europa escogió la Edad del Bronce como eje de su campaña de divulgación sobre los lazos comunes de las poblaciones europeas, es justo reconocer que al menos los de la koiné suroccidental –eminentemente transfronteriza– no tuvieron el más mínimo reflejo en sus páginas. Ello no puede ocultar, pese a que a veces se haya cuestionado su viabilidad como horizonte cultural diferenciado (Barceló, 1991: 16), la entidad del Bronce del Suroeste; a cuya discusión y actualización han venido contribuyendo, entre otros hallazgos extremeños, particularmente los producidos en el Cerro del Castillo de Alange y la Tierra de Barros.

1. LAS TIERRAS INTERIORES DEL SUROESTE IBÉRICO: LA BAJA EXTREMADURA

La dispersión de hallazgos relacionables con el Bronce del Suroeste en la provincia de Badajoz muestra, pese a su relativa escasez, una distribución por espacios muy contrastados, repartidos entre una sucesión de sierras, penillanuras y valles que configuran, desde tiempos remotos y a través de la red hidrográfica de la Cuenca Media del Guadiana, un espacio abierto, caminero y fronterizo a las realidades culturales de sus entornos inmediatos (Barrientos Alfageme, 1998).

De forma sintética y de Norte a Sur, dichas unidades se resumen en la consecución de sierra-penillanura-vega-penillanura-sierra que, en su conjunto, definen la Cuenca Media del Guadiana. Un territorio que se corresponde con la Baja Extremadura (coincidente, a grandes rasgos, con la actual provincia de Badajoz). Esos relieves destacados, pero no infranqueables, son las Sierras Centrales Extremeñas (Barrientos Alfageme, 1998) por el Norte, las estribaciones pacenses de Sierra Morena por el Sur y la comarca de Los Montes por el Este. Orográficas destacadas que separan nuestro espacio objeto de estudio de la cuenca del Tajo, del Guadalquivir y de la llanura manchega, respectivamente, y lo integran directamente en el cuadrante suroccidental peninsular. Todas ellas se corresponden con bloques residuales del zócalo extremeño (Barrientos Alfageme, 1990) que, a pesar de no contar con altitudes destacadas, confieren una personalidad marcada en el paisaje debido a su contraste altitudinal respecto a la penillanura dominante que acogen. Una penillanura que conforma el principal conjunto paisajístico de la provincia (Hernández Pacheco, 1934) y que, caracterizada por una altitud media de 400 m, se subdivide en cuatro unidades singulares y personalizadas: los baldíos de Albuquerque, los Llanos de Olivenza, La Serena y la feraz comarca de Tierra de Barros. En su globalidad se corresponden con superficies de erosión en las que los agentes climáticos y la red subsidiaria del Guadiana han ejercido el transporte y la sedimentación hacia los bloques más deprimidos del zócalo extremeño; dando paso a su vez a otra de las unidades paisajísticas de la provincia, que se caracteriza por la potencialidad de los suelos terciarios y cuaternarios de sus amplias vegas: las Vegas Altas y las Vegas Bajas-Olivenza.

La confluencia de todas estas unidades paisajísticas en la actual provincia pacense hace de este espacio un lugar con suficientes elementos de atracción para el asentamiento, en “un mosaico de paisajes yuxtapuestos que introducen la categoría estética de la variedad y la riqueza natural de la complementariedad” (Barrientos Alfageme, 1998: 23). Una diversidad fisio- y biogeográfica observable, por otra parte, en el resto del Suroeste, donde conviven espacios serranos, llanuras y valles con diferentes potencialidades.

Así, en relación con las zonas de concentración de evidencias del Bronce del Suroeste, es posible apuntar ciertas similitudes entre las zonas fértiles de las llanuras de Beja y del Bajo Algarve, aun con sus singularidades, y la Tierra de Barros-Vegas del Guadiana. Todos ellos presentan además una conexión caminera cuya red parece estar marcada esencialmente por el propio río Guadiana y la falla de Plasencia-Odemira. La primera tiene como eje el propio río hasta su desembocadura, desde donde se accede a través de la costa a todas las eviden-

cias del Bajo Algarve. La segunda discurriría desde Tierra de Barros-Vegas del Guadiana a través de Mourao dando paso al distrito de Beja, Aljustrel, las llanuras del Sado y la costa occidental portuguesa. La trabazón de todos estos espacios y las concentraciones de sus evidencias poblacionales adscritas al Bronce del Suroeste comparten además el control de suelos terciarios y cuaternarios que podrían apuntar el interés por la actividad agropecuaria, tal y como venimos proponiendo para el Cerro del Castillo de Alange en relación con las vegas del Guadiana y especialmente con Tierra de Barros (Pavón Soldevila *et al.*, 2009) (Fig. 1). Un escenario este último sobre el que nos detendremos particularmente.

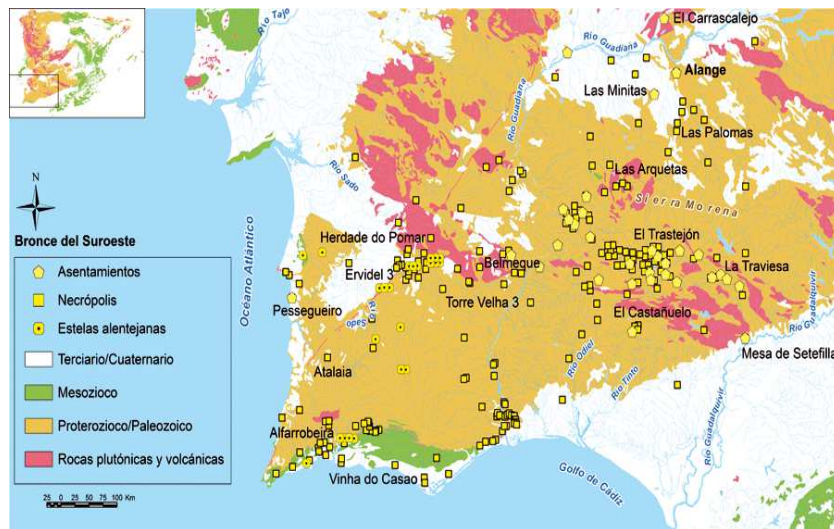


Fig. 1. El poblamiento del Bronce Pleno del Suroeste en su marco geológico.

2. EL II MILENIO A.C. EN TIERRA DE BARROS: EL POBLADO DEL CERRO DEL CASTILLO DE ALANGE

“Llama la atención la falta de poblados, pero debe de haber algún motivo, que no conocemos, por el estado insuficiente de la investigación. Tuvo que existir algún yacimiento en la región montañosa, aunque tan sólo fuera de casas ligeras y que se habitaran temporalmente. Hay que suponer, y se van a encontrar en su día, asentamientos permanentes en la zona de agricultura del Bajo Algarve y en la zona de Beja. Lo que sí parece es que no se trata de cabezos o poblados con fortificaciones potentes del tipo de El Argar”

(Schubart, 1974a: 366).

En el sur extremeño, el del Cerro del Castillo de Alange fue el primer poblado identificable con el Bronce del Suroeste reconocido por la mirada contemporánea (Calero y Márquez, 1991: 584-585). Sin embargo, justo es reconocer, antes de que se produjera ese casual encuentro con el yacimiento, el expectante renombre arqueológico-prehistórico que desde muchas décadas atrás fue haciéndose el Castillo de Alange. Lo refiere, por ejemplo, el marqués de Monsalud al anotar la suerte de nueva Micenas -la “rica en oro” de Homero- en que, desde tiempo atrás, estaba convirtiéndose este enclave (Monsalud, 1901: 11-12). Corroborándolo, también entre la documentación de la Comisión de Monumentos de Badajoz constan unas excavaciones en su ladera, verano de 1850, cuyo expediente insistentemente alude a la presencia del metal precioso, aunque sin precisarse más sobre su adscripción (Ortiz Romero, 2007: 120-121).

Pero, como decimos, fue bien avanzado los años ochenta cuando, con motivo de la construcción del embalse de Alange, unas remociones de tierra realizadas por Confederación Hidrográfica del Guadiana en el *camino de la solana* destruyeron parte del poblado prehistórico y alertaron sobre su existencia. Solo la valoración de los materiales recuperados en la intervención de urgencia dirigida por J. A. Calero en 1987 nos permitió que se comenzaran realmente a sopesar las relaciones entre Alange y el Bronce del Suroeste, y a plantear lo extraordinario del excepcional poblado recién re-descubierto (Pavón Soldevila, 1994). Con la intención, precisamente, de contrastar la secuencia provisionalmente obtenida en *la solana* y valorar la incidencia de unas agresivas remociones que, para la construcción de unos nuevos depósitos de agua de boca, se habían desarrollado incontroladamente en *la umbría* del Cerro -también con masiva afluencia de material arqueológico- llevamos a cabo nuevos sondeos estratigráficos en 1993, resultado de los cuales fueron la me-

moria de esas excavaciones (Pavón Soldevila, 1998a) y un artículo, con el que quisimos homenajear a la Profesora Gil-Mascarell, en el que a la luz de dichos trabajos reclamábamos una revisión cronológica del Bronce del Suroeste, en el sentido de desligar del Bronce Final al Bronce del Suroeste II de Schubart (Pavón Soldevila, 1995). Fueron estas intervenciones las que también posibilitaron un primer acercamiento a la entidad crono-cultural del poblado, a la reconstrucción de su entorno paleo-ambiental y económico -líneas de investigación entonces emergentes en la prehistoria Extremeña (Rodríguez Díaz, 1998)- y, en último término, a su integración histórica en el Suroeste peninsular; permitiendo, además, la valoración de algunos hallazgos aislados rescatar de su condición de recuerdo los ya aludidos ecos de Monsalud y, con ello, incentivar nuevas preguntas sobre el modelo de sociedad allí sepultado.

2.1. Los atractivos para el poblamiento en el Cerro del Castillo de Alange: entorno, paisaje y recursos

Siempre hemos subrayado la confluencia de factores geográficos a la hora de entender la ocupación del Cerro del Castillo de Alange, particularmente en la Edad del Bronce. Así, tanto la ya aludida concepción global de la geografía extremeña como un país de frontera permanente caracterizado por una imprecisión de límites que se convierte en sí misma en elemento justificador de las pretensiones de control del territorio a lo largo de las distintas alternativas históricas, como la afirmación de que en dicho contexto la red fluvial adquiere una particular relevancia, nos han conducido a valorar cuestiones como la topografía, la altitud, la visibilidad o la hidrografía entre los valores geoestratégicos de Alange.

Así, conviene reparar en la elección de las laderas de una especie de monte-isla -el Cerro del Castillo-, levemente desgajado de la Sierra de Peñas Blancas, como espacio de hábitat. Su altitud (485 m snm) le aporta una posición dominante respecto al espacio circundante, en cuyas cotas bajo los 300 m snm se disponían varios cursos fluviales y las tierras cultivables. Así, a sus pies se producía la confluencia del río Palomillas en el Matachel, que apenas 6 Km al norte, y aun a la vista desde el yacimiento, desemboca en el Guadiana. Bien surtidas de agua, las riberas de estos ríos y sus arroyos brindarían las mejores tierras para la agricultura. Tampoco es desdeñable su posición respecto a las rutas de comunicación, pues a su dominio visual sobre el tramo bajo del Matachel -río que constituye una vía natural entre los valles medios del Guadiana y del Guadalquivir- une el de buena parte del Guadiana a su paso por la actual comarca de Mérida, cuyos vados históricos se encuentran también a la vista

desde la ladera de *la umbría*. Sobra mencionar aquí la trascendencia del Guadiana como eje de conexión con el actual Portugal; y de los vados de esta zona en el cruce del río, papel que en época histórica jugarán, con notable trascendencia, los puentes de Mérida. Además, el morro del Castillo ocupa un punto intermedio, desde el punto de vista paisajístico y como referente visual, entre las fértiles Vegas Altas y Bajas de Guadiana; y entre las primeras y la Tierra de Barros, uno de los escenarios agrarios más ricos del secano peninsular.

No es casualidad que el poblado de Alange se ubique en la confluencia de algunas de las mejores comarcas en términos agropecuarios de la actual región extremeña. Dichas virtudes se deben a la confluencia de una orografía relativamente suave sobre la que se distribuyen toda una serie de suelos con un alto rendimiento agrario -suelos aluviales de las vegas del Guadiana y sus afluentes y suelos terciarios en los límites de éstas y especialmente indicadores de Tierra de Barros, recordemos-, complementada en sus zonas de contactos inter-comarcales por la presencia de espacios serranos idóneos para el potencial desarrollo de otras actividades agropecuarias y silvo-pastoriles que abrirían el espectro de una mayor complementariedad para una economía de base agropecuaria. Potencialidades, todas ellas, que encuentran su mejor reflejo y constatación en los datos bio-arqueológicos estudiados hasta ahora para la Edad de Bronce en la Cuenca Media del Guadiana (Duque Espino y Pérez Jordà, 2007).

El grado de intensidad y aprovechamiento de esos potenciales por parte de las comunidades del Bronce son los parámetros que nos permitirían hablar de un paisaje en mosaico (Duque Espino y Pérez Jordà, 2007: 150 y 156) caracterizado por la existencia de espacios netamente antropizados para su puesta en cultivo, aclarados para su aprovechamiento pascícola-ganadero y silvícola, con la presencia de bosques más o menos estructurados de encinares, alcornocales y ripisilva (Hernández Carretero, 1999; Duque Espino, e.p. y 2004), en consonancia con las apetencias ecológicas variadas de las especies cinegéticas documentadas arqueológicamente (Castaños Ugarte, 1998a y b).

Pero, además de los factores biogeográficos, obviamente hay que mirar a la coyuntura histórica para terminar de explicar la elección del Cerro del Castillo de Alange como un espacio habitado en la Edad del Bronce; y, en este sentido, no nos disgustan algunas de las distintas hipótesis expresadas para ayudar a entender la crisis del Calcolítico final, tanto en el Guadiana Medio (Enríquez Navascués, 1990a: 263; Hurtado Pérez, 1995: 71-78), como a nivel suroccidental (Soares y Silva, 1998: 233-235; Nocete, 2001: 146). Contradicciones internas del modo de producción; crisis de crecimiento; desajustes población-recursos; derivadas de la consolidación de una economía productiva excedentaria;

binomio comunalismo-jerarquización; insuficiencias estructurales; debilidad práctica de las élites gestoras... todos los conceptos apuntan, en el fondo, hacia una redefinición de las relaciones de poder, tanto en términos personales como territoriales, que acabaría reconduciendo los modelos sociales y las escalas políticas hacia nuevas soluciones entrando ya el II milenio a.C., pero también los patrones de asentamiento, con la ocupación de algunas grandes elevaciones estratégicas, como la que representa Alange.

2.2. Una secuencia cultural para la periferia nororiental del Bronce del Suroeste

Es justo reconocer que, durante décadas, la obtención de la “secuencia cultural”, si bien no fue el objetivo principal, sí ocupó un lugar muy importante en la hoja de ruta investigadora sobre el Bronce del Suroeste. Más allá de su diferenciación respecto al Bronce Argárico, hay que reconocer en el haber de H. Schubart el esfuerzo por articular, sin estratigrafías verticales disponibles, un esquema de orientación sobre su desarrollo. Así, su estudio sobre la estratigrafía horizontal de Atalaia (1968) y su posterior sistematización sobre los ajuares cerámicos de las sepulturas sudportuguesas (1971b y 1974b) sentaron las bases para la articulación trifásica -equivalente *grosso modo* al Bronce Antiguo, Medio y Final- (Schubart, 1975), que durante años ha guiado las pesquisas de otros muchos autores que la han puesto a prueba (Gomes, 1995; Parreira, 1995; Soares y Silva, 1995).

También en la periferia nororiental del Bronce del Suroeste, la contrastación de esa secuencia referencial, una vez admitida por paralelos materiales su raíz común con el constructo *Ferradeira-Atalaia-Santa Vitoria*, se entendió necesaria para guiar la lectura histórica del proceso arqueológico y socioeconómico. Pese al reduccionismo que algunos quisieron ver tras aquellos primeros intentos de encontrar en la cultura material el asidero elemental -que nos parecía en todo punto necesario, dado el nivel de desconocimiento de la realidad del II milenio a.C. en la zona (Enríquez Navascués, 1990b: 67)-, los sondeos estratigráficos de 1987 y 1993 en Alange permitieron diferenciar en este enclave pacense tres horizontes con diferente grado de representatividad en el poblamiento de sus dos laderas, las de *la solana* y *la umbría*.

Así, en la primera se propuso un primer horizonte, en la inauguración del poblado (fase Solana I), que en su día y siguiendo una propuesta terminológica ofrecida por otros colegas designamos *Epicalcolítico*; con ello, sin fechas absolutas disponibles, queríamos aludir a un momento aproximadamente paralelo al Horizonte de *Ferradeira*/Bronce Antiguo y caracterizado por el aprecia-

ble grado de conexión morfológica con algunas piezas -los vasos de paredes delgadas, sobre todo- del Calcolítico final regional. Destacable nos parece, igualmente, que en la base de esta secuencia documentásemos ya un enterramiento individual infantil en covacha, rito muy diferente al tradicional durante el III milenio a.C. en la zona. El segundo horizonte, del Bronce Pleno, aunque sin solución de continuidad estratigráfica con el anterior, daba ya muestras de conexiones materiales inequívocas con el Bronce del Suroeste. La secuencia obtenida en dicho sector de *la solana* nos llevó a sostener su pervivencia a lo largo de sus fases I y II, es decir de los momentos *Atalaia* y *Santa Vitoria*, aproximadamente coincidentes en su ergología con las fases Solana IA y Solana IB; para las que tampoco en ese momento disponíamos de dataciones radiocarbónicas. Cabe añadir que -sugiriéndonos la posibilidad de un tercer horizonte- también en el Castillo de Alange J. J. Enríquez (1988) había encontrado en superficie materiales decorados, que vinculó en su momento con los del “tipo Cogotas”, pero que no llegaron a documentarse en los primeros sondeos en *la solana* (Pavón Soldevila, 1994).

Los sondeos practicados en la ladera de *la umbría*, por su parte, aportaron algunas novedades a la secuencia y permitieron disponer de unas fechas absolutas de gran interés para la globalidad del yacimiento, e incluso del Suroeste, en el II milenio a.C. En función de lo exhumado aquí, defendimos una primera fase Umbría I (susceptible de dividirse en IA y IB), paralela al Bronce del Suroeste II y con fragmentos cerámicos de los tipos *Santa Vitoria* y *Odivelas*, además de vasitos y botellas con decoraciones a base de nervios verticales e impresiones de puntos en zonas horizontales; y otra segunda, la fase Umbría II, con una presencia muy apreciable de aquellas cerámicas decoradas de inspiración u origen en Cogotas I que, junto a la morfología de otros ejemplares lisos, nos permitieron concretar ese tercer horizonte antes intuido en Alange, el del Bronce Tardío o Bronce Final I de la secuencia extremeña (Pavón Soldevila, 1998b: 234-237). Las dataciones radiocarbónicas practicadas sobre muestras de maderas carbonizadas extraídas en dichos sondeos permitieron disponer para el Bronce del Suroeste II sendas fechas de hacia 3.600 ± 80 BP -en el comienzo de la ocupación de *la umbría*- y 3.520 ± 70 BP -asociada a una estructura habitacional muy simple- y plantear la necesaria consideración de dicho momento *Santa Vitoria* como Bronce Pleno; incidiendo así desde bases estratigráficas en la línea crítica a su inclusión en el Bronce Final, defendida también por otros autores a partir del estudio iconográfico de las estelas alentejanas. Una prueba concluyente, en este sentido, nos pareció la fecha de la fase Umbría II, que sella estratigráficamente a la anterior, hacia el 3.080 ± 90 BP (Pavón Soldevila, 1995).

Sobre esta base documental, la secuencia cultural del Bronce en Tierra de Barros ha quedado, si cabe, más completa gracias a la intervención de urgencia desarrollada entre 2005 y 2006 de nuevo en el sector de *la solana*; donde dos han sido las novedades más destacables. De una parte, la constatación de unos restos arquitectónicos de gran interés -sobre los que volveremos enseguida- que pueden adscribirse sin dificultad a la fase Solana IIB, y cuyo nivel de destrucción, fechado por radiocarbono sobre una muestra de semillas carbonizadas hacia el 3.360 ± 50 B.P., podría ser tal vez indicativo del comienzo del declive del Bronce del Suroeste II en esta ladera y hasta en el yacimiento. De otra, y pese a una conservación solo discreta y para la que no tenemos referencias absolutas, la documentación estratigráfica de niveles de un Bronce Final pre-fenicio, pre-colonial o Bronce Final II de la secuencia extremeña (Pavón Soldevila, 1998b: 237-240) -con cazuelas carenadas, decoración bruñida al exterior o al interior, etc.- superpuestos, tras un abandono posiblemente muy prolongado, al edificio, al parecer violentamente destruido, que acabamos de mencionar.

| ALENTEJO INTERIOR (Rui Parreira, 1995) | CUENCA EXTREMEÑA del GUADIANA (intercept data Cal BC) | SIERRA MORENA OCCIDENTAL (García y Hurtado, 2011) | CULTURA DE EL ARGAR (Molina y Cámara, 2004) | BRONCE PENÍNSULA IBÉRICA (Mederos, 1996/2009) | BRONCE EN EL MEDITERRÁNEO (González et. al, 1992) |
|--|---|---|--|--|---|
| 2200 Cal ANE H. de FERRADEIRA (Bronze Inicial) 2000 | (Alange. Solana I) (Alange. Solana II) | 2.200 Cal ANE | 2.255 Cal ANE 2.150 | 2.050 | 2.450 A.C. 2.000 a.C. |
| BRONZE do SUDOESTE I (Bronze Medio Antiguo) 1700 | 1.936 (Alange. Umbria IA) 1.875-1.785 (Alange. Umbria IB) 1.735 (Las Minitas) 1.650 (Almacén) (Alange. Solana IIB) 1.640-1.530 (1 σ Cal BC) (El Carrascalejo) | Trastejón I | 2.050 1.960 1.810 1.700 | 2.050 II III IV | Serie I Serie I |
| BRONZE do SUDOESTE II (Bronze Médio Reciente) 1200 | 1.381-1321 (Alange. Umbria II) | [Hiato o abandono en El Trastejón] | 1.575 (Bronze Tardío) VI 1.375 | V Bronze Final IA (Cogeces) 1.525 Bronze Final IB 1.425 Bronze Final IC (Cogotas) 1.325/1.300 | 1.600 A.C. 1.350 a.C. Serie II Serie II |
| BRONZE do SUDOESTE III (Bronze Final) 700 | (Alange. Solana III) | Trastejón II 850 | | 1.225 Bronze Final IIA Bronze Final IIB 1.150 Bronze Final IIC (Hío-Baiões) 1.050 Bronze Final IIIA (Huelva) 950/925 Bronze Final IIIB-Hierro I 875 | 1.200 A.C. 1.000 a.C. |

Fig. 2. Secuencia del Bronce del Suroeste en el Guadiana Medio y su relación con las de otros espacios.

En función de todo ello, y como colofón a este apartado, cabe pues hacer algunas puntualizaciones a propósito de la entidad secuencial de Alange y su aportación a un mejor conocimiento global del Bronce del Suroeste (Fig. 2). Así, hoy estamos en condiciones de defender -pese a las reticencias expresadas en su día por parte de algunos colegas- una continuidad global, no del todo incompatible con abandonos puntuales, del poblamiento del Cerro a lo largo del II milenio a.C.; que lo acercan más al perfil de algunos de los importantes poblados del Sureste (el ámbito argárico y su periferia) que a los del mundo atlántico (Blasco Bosqued, 2001-02: 53). Una circunstancia esta que, junto a la cada vez más densa red de hallazgos, nos permite disentir de la precaria ocupación del territorio y la supuesta falta de estructuración que a veces se ha querido hacer extensiva a la Extremadura de la Edad del Bronce Pleno y Final (Ruiz-Gálvez, 1998: 240).

Si bien, como va dicho, no disponemos de fechas absolutas para los momentos iniciales de la ocupación de Alange, la posición estratigráfica de los niveles de la fase Solana I permite retrotraerlos, muy posiblemente, hacia los últimos siglos del III milenio a.C.; como se está proponiendo para los comienzos de la fase antigua del Bronce, solapada incluso con el Calcolítico Final, en diversos escenarios del mediodía español (García y Hurtado, 2011: 153). En este sentido, también nos parece sugerente la aportación de Alange para la ubicación cronológica de la cultura material cerámica que permitió a H. Schubart definir su fase II o *Santa Vitoria*, al menos de cara a su secuenciación en el Bronce del Guadiana o, como mínimo, en la periferia nororiental del Bronce del Suroeste. Así, la presencia de sus peculiares cerámicas -los mencionados vasos tipos *Santa Vitoria* y *Odivelas*, vasitos y botellas con decoraciones con nervios verticales e impresiones de puntos- arroja en el yacimiento alangeño fechas que están sobre todo entre los siglos XX y XVII Cal. BC, con una cita residual, en nuestra opinión, a la altura del siglo XIV Cal. BC (Pavón, 1998: 133, fig. 86); si bien debe reconocerse que en otras zonas, como el Algarve, parece que perviven algo más en el tiempo³. No hace falta recordar el llamamiento que hace unos años se hacía a propósito de la necesidad de obtener fechas radiocarbónicas para este horizonte (Castro *et. al.*, 1996: 144); ni anotar que las

³ Conocemos por comunicación epistolar del Prof. Dr. Mario Varela Gomes, que agradecemos, la documentación en la necrópolis de Vale da Telha (Aljezur, Algarve) de una pequeña botella de nervios verticales datada por C14 en 1.260-1.000 cal. A.C. a 2 *sigma*. Una comunicación sobre el yacimiento ha sido pronunciada recientemente, en el marco del 9º *Encontro de Arqueologia do Algarve*.

hasta ahora disponibles obligan, por una parte, a reflexionar en un futuro inmediato sobre ciertos desajustes hoy visibles entre dos secuencias vecinas como son las del Alentejo Interior y el Guadiana Extremeño, y, por otra, a contradecir su ubicación en el Bronce Tardío o Reciente, que todavía algunos manuales universitarios españoles vienen arrastrando (Fernández y Hernando, 2007: 196).

Sabido es el importante debate historiográfico que de un tiempo a esta parte viene suscitando el llamado *Bronce Tardío*; un debate para el que el Suroeste ofrece pocos ingredientes, habida cuenta de su conceptualización sobre todo en el Sureste de la Península Ibérica (Roos, 2010). Pese a ello -y dejando a un lado la Andalucía más occidental, donde casi son ausentes (Gómez Toscano, 1997: 57)-, algunas cerámicas con ornamentos o formas que podrían vincularse *grosso modo* al mundo proto-/cogoteño han aparecido también en el sur portugués (Soares y Silva, 1995: 138; 1998: 239) y en el Alentejo (Santos et al., 2008: 67-68 y 73) con cronologías relativamente coherentes. También conocemos algunos materiales de superficie en la Alta Extremadura, si bien por ello de difícil valoración (Barroso y González, 2007). En Badajoz, hasta hace muy poco, Alange ofrecía los mejores referentes para su calibración, como hemos comentado, entendiéndose así este yacimiento como una *estación referencial* -nivel que comparte con sitios como Peñalosa, Cerro de la Encina o Fuente Álamo en el Sureste- en los planteamientos recientes sobre su expansión, dentro de una fase Cogotas I Pleno (Abarquero, 2005: 295, 387 y 460-461). Pero la aparición de un yacimiento de hoyos en El Carrascalejo con materiales del horizonte Protocogotas, fechado hacia el siglo XVII-XVI Cal. BC (Enríquez y Drake, 2007: 125), y algunos fragmentos similares a éstos también en Alange (en el mencionado edificio de la fase Solana IIB, casi sincrónico al citado campo de hoyos de la comarca emeritense), ofrecen hoy la posibilidad de rastrear el flujo de esos materiales algo antes y plantea nuevos retos interpretativos para el futuro.

2.3. Estructura del poblado y restos constructivos: nueva luz sobre la arquitectura del Bronce del Suroeste

Son varios los problemas que ofrece el Cerro del Castillo de Alange para la valoración de su urbanismo prehistórico. Uno de los más importantes es, sin duda, el efecto distorsionador del embalse ya referido. En los períodos de sequía, con la bajada del nivel de las aguas, hemos podido apreciar y hasta cartografiar de forma simplificada algunas estructuras de diversa entidad, dispuestas sobre terrazas de aspecto familiar a la exhumada entre 2005 y 2006, a veces asociadas a elementos cerámicos y restos óseos que hacen sospechar sobre su antigüedad, e incluso a lo que en su día interpretamos de forma tal vez

precipitada como los restos muy arrasados de una muralla de la fase Solana IIb (Pavón Soldevila, 1998a: 21-22). Pero la complejidad estratigráfica del cerro, con las diferentes fases que acabamos de referir, impone una lógica cautela a la hora de valorar la adscripción crono-cultural de estas evidencias. No obstante, desde una perspectiva global, parece lógico integrar estos restos lavados y otros de superficie en un esquema proto-urbanístico general aterrazado. Muchos son los poblados de la Edad del Bronce, y de diversas geografías aunque con especial presencia en el sureste y levante español (Pingel, 2000; Contreras Cortés, 2000; Eiroa, 2004; De Pedro Michó, 1998; etc.), que ofrecen este patrón de asentamiento; pauta que sería la más lógica aquí, dados los desniveles del terreno.

Siguiendo el esquema de algunos de estos poblados, en alguna ocasión hemos propuesto que tal vez el de Alange tuviera algún tipo de muralla defensiva en las zonas más desprotegidas (a una cota baja, por tanto, y cercana al curso fluvial antiguo del río Palomillas), y que la zona urbanizada se extendiera desde ésta hasta los crestones que coronan el cerro; pero ambos supuestos son difíciles de corroborar, tanto por el efecto de las aguas embalsadas como por los masivos derrubios de ladera que camuflan hoy en gran medida el posible aspecto originario del sitio. Por otra parte, lo que conocemos de la arqueología de este enclave se debe a intervenciones de urgencia -sondeos estratigráficos en su mayoría- y a hallazgos aislados, lo que condiciona nuestra percepción; pero aporta, por otro lado, los contados datos con una cierta fiabilidad que sobre este aspecto vamos a exponer. Con estos condicionantes, por tanto, resulta imposible proponer una cifra aproximada sobre la extensión general del yacimiento, que ni siquiera nos parece abordable partiendo de fotos aéreas anteriores a mediados de los años ochenta.

En otro orden de cosas, resultan llamativos los sucesivos indicios de uso funerario constatados en la ladera de *la solana*, no siempre bien deslindados del espacio habitado. Así, nos da la impresión de que la mitad oriental -*grosso modo*- de dicha ladera pudo haber funcionado esencialmente como espacio funerario, pues así lo sugieren tanto la cista allí exhumada en 2001 (Pavón y Duque, e.p.) como las ricas piezas -empuñadura y remaches de oro asociados a una mal conservada hoja de bronce y a una vasija cerámica- que, halladas accidentalmente en 1994 (Pavón Soldevila, 1998a: 71-74), suponemos procedentes de un ajuar. No obstante, la mencionada cista apareció muy cerca de unas claras estructuras murarias visibles en la cortada del *camino de la solana*. En la occidental, si cabe, parece darse una mayor relación entre las muestras funerarias y las estructuras de hábitat o, mejor dicho, el espacio habitado, como

se constató tanto en la excavación de 1993 -con el enterramiento individual infantil en el nivel de base, ya referido- como en los nuevos trabajos de 2005. Unas pautas que son bien conocidas en yacimientos sincrónicos del Sureste, pero que en el Suroeste se restringían hasta hace poco al casi anecdótico caso de El Trastejón (Hurtado *et al.*, 2011: 16-17), que, junto a otras expresiones -de diferente naturaleza- recientemente dadas a conocer (Alves *et al.*, 2010; Filipe *et al.*, 2013), inciden en un cada vez más visible elenco de afinidades con la Cultura Argárica. Siempre se ha considerado una característica del Bronce del Suroeste la segregación de los espacios funerarios, por la documentación aislada de muchas necrópolis; pero -desconocedores en gran medida de los poblados- ¿cabe inferir de ello la absoluta disociación entre el mundo de los vivos y los muertos? Los indicios, aunque escasos, parecen apuntar que no siempre o no absolutamente.

Por su parte, las intervenciones realizadas hasta ahora permiten apreciar una cierta diversidad en lo referente a las estructuras no funerarias, que incluirían tanto a los espacios de hábitat como a otros de perfil más “singular”; situados ambos dentro de un mismo momento avanzado del Bronce Pleno. Dentro de los primeros, se constata el uso de soluciones, a su vez, muy diferentes, pues mientras en la fase Umbría IB se documentó parte del trazado de una simple cabaña de planta alargada posiblemente de tendencia oval, señalada por una serie de lastras hincadas, con pie de poste central (C3. N. IVb) (Pavón Soldevila, 1998a: 27), en la *solana* -fase Solana IIB- las excavaciones de urgencia de 2005-06 en el Corte 13 insinúan, con todos los condicionantes que se derivan del pequeño sondeo realizado, también el uso de viviendas con sólidos muros rectilíneos. La prudencia aconseja no extraer excesivas conclusiones sobre las posibilidades interpretativas de esta diversidad cuando se trata de una información tan sumaria. Entre las *edificaciones singulares*, por su parte, destacan también en la fase Solana II las imponentes estructuras exhumadas también en 2005-06, fechadas, como ya hemos dicho, hacia el 3.360 ± 50 B.P. (Pavón *et al.*, 2009).

Cabe recordar que estas últimas excavaciones permitieron documentar un gran edificio montado sobre una terraza, de al menos 22×7 m, elaborada a base de cuarcitas y argamasa de procedencias locales. El alzado conservado por dicha terraza, en su frente, era de 0,90 m (aunque probablemente alcanzara en origen hasta 1,60 m), disponiéndose a sus pies una superficie pavimentada con piedras que interpretamos como una calle. Centrándonos ya en el edificio, de presumible planta rectangular, hay que subrayar sus dimensiones, que superaban los $19,5 \times 6$ m, con muros diversamente conservados de entre 1,30 y

1,40 m de espesor. Se accedería a él por un vano de al menos 0,90 m de luz. Ya en el interior, sobre la superficie de la propia terraza, que serviría como suelo, se dispondría una enorme plataforma de 15,90 x 1,80 m, y 0,65 m de altura en ocho hiladas, elaborada en idénticos materiales, de la que sobresaldrían una serie de siete soportes que relacionamos con el sostenimiento de la techumbre. Ante dicha plataforma se situaría un pasillo o corredor de unos 0,70 m de ancho, y tras ella una especie de canalillo de unos 25 cm de anchura. En función de la documentación de un potente estrato de tonalidad blanquecina, formado por una gran cantidad de pellas de barro con improntas de maderamen, enramado y cordajes, cabe inferir la naturaleza del sistema de cubrición del edificio y así presentar una propuesta general sobre su alzado, con la terraza, el edificio montado sobre ella, la plataforma y una techumbre ligeramente inclinada en el sentido de la pendiente, de elementos vegetales (vigas, viguetas, tablas, cordeles, ramas...) y barro, sustentada por postes de madera apoyados sobre los soportes (Fig. 3).

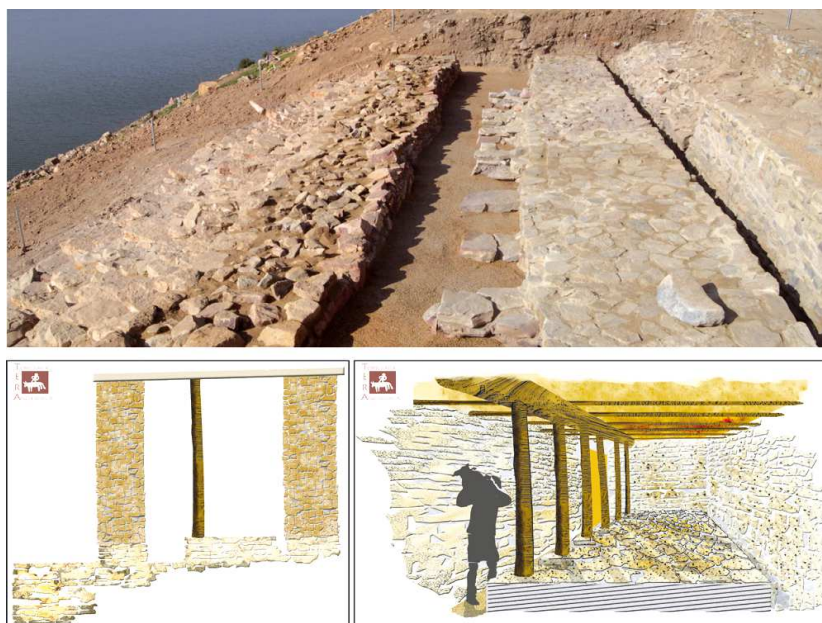


Fig. 3. Granero del Bronce Pleno en Alange (Badajoz).

Funcionalmente este edificio puede interpretarse como un almacén de grano, cosa que ha sido posible constatar gracias a la recuperación por flotación y cribado con agua de miles de semillas carbonizadas de trigo⁴ y una microfauna⁵ en la que se detecta la mayoritaria presencia de roedores. Por otra parte, la relativamente escasa cantidad de recipientes cerámicos conservados en el interior -muy pocos de ellos de almacén- permite apuntar que lo más probable es que el grano se almacenara en sacos, contenedores habituales en el contexto de la época (López Mira, 2001-02: 264), dispuestos sobre la plataforma. El canalillo posterior, ya referido, debería contribuir a la evacuación de humedades, aireación y adecuada conservación de la cosecha. Algunas puntualizaciones pueden hacerse también sobre la entidad del granero si cuantificamos su superficie útil. Ésta (básicamente la de la plataforma) es de al menos 29 m²; una cifra apreciablemente superior a la que ofrecen otros *edificios singulares* del Bronce, para los que se han propuesto posibles funciones de almacén de materias primas valiosas (como simientes, reservas de cereal, minerales, lingotes de metal, sal, u otras materias preciadas), como los documentados en el mundo argárico, caso de los edificios H (9 m²) y O (16 m²) de Fuente Álamo (Almería) (Pingel, 2000: 72-81). Unas dimensiones que permitirían interpretar al alangeño no como un almacén familiar, sino probablemente como un almacén de grano comunitario, centralizado y permanente.

2.4. Paleoeconomía de un centro agropecuario del Bronce del Suroeste

La agricultura cerealista, de la que da cuenta el granero sobre el que acabamos de hablar, debió ser uno de los pilares fundamentales de este poblado, posiblemente el yacimiento mejor conocido a nivel paleoeconómico de todo el Bronce del Suroeste. Dicha importancia del cereal, sin embargo, no debe entenderse como única, pues la presencia de otras especies vegetales cultivadas, como las leguminosas, y el aprovechamiento de frutos silvestres, como la bellota o la vid, nos remiten a un aprovechamiento diversificado del medio vegetal antrópico y natural. En un mismo sentido hemos de entender los tipos de restos de fauna recuperada donde, al predominio cuantitativo y subsistencial de la ganadería (bóvidos, ovicápridos y suidos), se le añade el valor cualitativo, cinegético y ecológico de los animales cazados en sus inmediaciones durante

⁴ En análisis por G. Pérez Jordà.

⁵ En avanzado estudio por P. Castaños y X. Murelaga.

la Edad del Bronce. Un panorama agro-silvo-pastoril que necesitaría de espacios diversificados obtenidos por la acción diferencial antrópica en estos entornos, que irían desde los netamente abiertos y transformados para su puesta en cultivo y alimentación del ganado hasta áreas forestales de donde recolectar, entre otros productos, uno esencial para la vida cotidiana del poblado como es la madera en sus distintos fines, como ponen de manifiesto los datos polínicos y antracológicos alangeños⁶ (Grau Almero *et al.*, 1998a y b; Hernández Carretero, 1999; Duque Espino, 2004; Duque Espino y Pérez Jordà, 2007).

En lo que respecta al cultivo de los cereales, los restos adscritos al Broce Pleno de Alange muestran el predominio del trigo común desnudo sobre la cebada vestida. A estos dos tipos de cereales hemos de añadir una tercera variedad, la cebada desnuda que, aunque mucho más limitada en su registro, fue documentada en su fase más antigua y que los datos carpológicos del relativamente cercano campo de hoyos del Carrascalejo nos han permitido prolongar hasta estos momentos (Duque Espino y Pérez Jordà, 2007). Un hecho, este último, que contrasta con el abandono del cultivo de esta especie en otros ámbitos sincrónicos peninsulares (Buxó Capdevila, 1993). Sea como fuere, el predominio del trigo desnudo en Alange se multiplica exponencialmente si tenemos en cuenta lo contenido en el almacén de grano donde lo analizamos hasta ahora nos permite hablar del almacenamiento selectivo y excepcional de esta variedad. Un acopio de trigo donde, además, la exclusiva presencia de carióspsides permite inferir que todo el trabajo de limpieza y cribado de este cereal, y por tanto de ciertas actividades agrarias, debió realizarse fuera del edificio o incluso fuera del poblado, en los propios campos de cultivo (Pavón Soldevila *et al.*, 2009). Por otra parte, el cultivo mayoritario de un tipo u otro de cereal solo parece responder a un criterio selectivo si atendemos a su productividad y rendimiento, como sería la presencia de diferentes tipos de suelos (Grau Almero *et al.*, 1998a y b). De este modo, la cebada sería una especie mejor adaptada y de alto rendimiento incluso en suelos pobres, mientras que el trigo, mucho más productivo que el anterior, requiere suelos con mayor potencialidad. La presencia e importancia de este último parece responder a estos criterios, pues no es casualidad que sean sitios como el Cerro del Castillo de Alange,

⁶ Los estudios polínicos y antracológicos de las muestras tomadas en las últimas excavaciones están siendo realizados por F. M. Vázquez Pardo, D. García Alonso y D. M. Duque Espino.

junto a las fértiles vegas del Guadiana y el Matachel, los que muestren una relevancia realmente llamativa.

Junto a los cereales, hemos de mencionar el cultivo de las leguminosas. En el caso de Alange solo el haba ha sido la única especie documentada para la Edad del Bronce. Sin embargo, podemos incluir en el panorama del Bronce Pleno del Guadiana Medio otra especie como las guijas, documentada en los hoyos del Carrascalejo (Duque Espino y Pérez Jordà, 2007). Las leguminosas cultivadas, con independencia de su variabilidad, constituyen el complemento alimenticio de los cereales, aportando a los hidratos de carbono de los segundos su valor proteico. Destaca por su número de restos y por su frecuencia de aparición el haba, cuyo complemento alimenticio a los cereales parece producirse desde los inicios del Neolítico en la Península Ibérica (Buxó Capdevila, 1991). Por otro lado, las guijas se han cultivado tanto para consumo humano como animal, siendo su presencia más habitual en zonas deprimidas o más limitadas en términos agrícolas. Sigue siendo una cuestión por dilucidar el sistema de cultivo de estas leguminosas, aunque la presencia exclusiva y mayoritaria de habas en Alange pueda estar relacionada con un cultivo de huerto ya que su entorno ofrece espacios muy aptos para su desarrollo. Sin embargo, la presencia de las guijas en El Carrascalejo podría plantearse como un cultivo de secano ya que su alternancia con los cereales permitirían mantener la fertilidad de los campos.

La importancia del vector agrícola se complementaría con la información arqueofaunística de Alange (Castaños Ugarte, 1998a y b) donde la fauna doméstica es mayoritaria compuesta por ovicápridos, bóvidos y suidos. Las dos primeras cabañas muestran un equilibrio cuantitativo, quedando como tercer conjunto representativo la cabaña porcina. Dicho perfil de la fauna doméstica estaría en consonancia con la diversidad de los espacios vegetales propuestos para las diferentes necesidades de alimentación de cada una de las cabañas.

Desde el punto de vista de los modelos de aprovechamientos ganaderos se pueden proponer igualmente una variedad para cada una de ellas. Así, el ganado vacuno parece manifestar un patrón de aprovechamientos de carácter secundario en función del sacrificio mayoritario de los animales adultos e incluso seniles de tal forma que se beneficiasen de su producción láctea, reproductiva y como fuerza de tracción para el transporte y las labores agrícolas, esto último reafirmado por la presencia de una clavija córnea de un buey castrado (Castaños Ugarte, 1998b: 172). Un modelo que encuentra buena sintonía y reafirma la importancia de la actividad agrícola expresada por la carpología y por el excepcional granero alangeño. Si correspondencia muestra el modelo de aprovecha-

miento del ganado vacuno con el registro arqueobotánico, no es menos la que muestra el patrón ganadero de la cabaña ovicaprina, cuya relevancia cuantitativa compartida nos permite entender los diversos grados de intervención antrópica sobre el medio vegetal para satisfacer su alimentación. El patrón de consumo que muestran los restos estudiados nos remite a un aprovechamiento mixto de la cabaña con sacrificios similares para todos los grupos de edades, siendo por tanto los individuos más jóvenes sacrificados para el aprovechamiento cárnico, mientras que los más adultos además serían explotados para la obtención de productos secundarios como la lana, la leche y la reproducción. La cabaña porcina, por su parte, completaría el patrón ganadero alangeño, siendo su aportación cárnica más que evidente al no mostrar la muestra estudiada ningún patrón preferencial por las edades de sacrificio y consumo.

Como complemento y equilibrio a la economía agro-pecuaria, en el conjunto de los espacios forestados la actividad recolectora y cinegética debió jugar un papel importantísimo en la economía y subsistencia de estos grupos humanos, tal y como dejarían entrever la propia recolección de la madera como combustible o materia prima, los restos de bellotas o vid silvestre documentados, o los escasos, pero significativos restos de especies animales salvajes -ciervos, jabalíes, liebres y conejos- que necesitan contar con espacios diversos para sus estrategias de subsistencia (Castaños Ugarte, 1998a y 1998b) (Fig. 4).

Algunos, aunque poco diversos, son los elementos materiales que podemos mencionar sobre la tecnológica relacionada con las prácticas agrarias. De este modo, contamos con un instrumental relacionado con la siega del cereal, como son los dientes de hoz (Pavón Soldevila, 1994: 103-104; 1998a: 65-66), elementos para la molturación del mismo, como los molinos barquiformes (Ponce de León Iglesias, e.p.), o aspectos relacionados con el almacenamiento y control de los productos agrarios, como pueden ser el propio granero de Alange (Pavón Soldevila *et al.*, 2009) y las subestructuras del Carrascalejo, donde, si bien se advierte una clausura deposicional rápida e intencionada (Enríquez Navascués y Drake García, 2007), no hemos de descartar su uso primigenio como silos destinados al almacenaje (Duque Espino y Pérez Jordà, 2007).

Si bien no puede calificarse de muy compleja la actividad económica referida, su gestión y sobre todo la organización de las tareas constructivas y de mantenimiento de edificios teóricamente comunitarios, como el granero, invitan a valorar la posible existencia de algún tipo de liderazgo social, refrendado si cabe por las propias piezas de orfebrería referidas por Monsalud o aparecidas accidentalmente en nuestros días (Pavón Soldevila, 1998a: 71-74; Perea, 2005: 93-94). ¿Resulta extrapolable también al nivel territorial esta estruc-

tura jerarquizada que, al menos a nivel social, parece sugerirnos la arqueología del Cerro del Castillo de Alange?

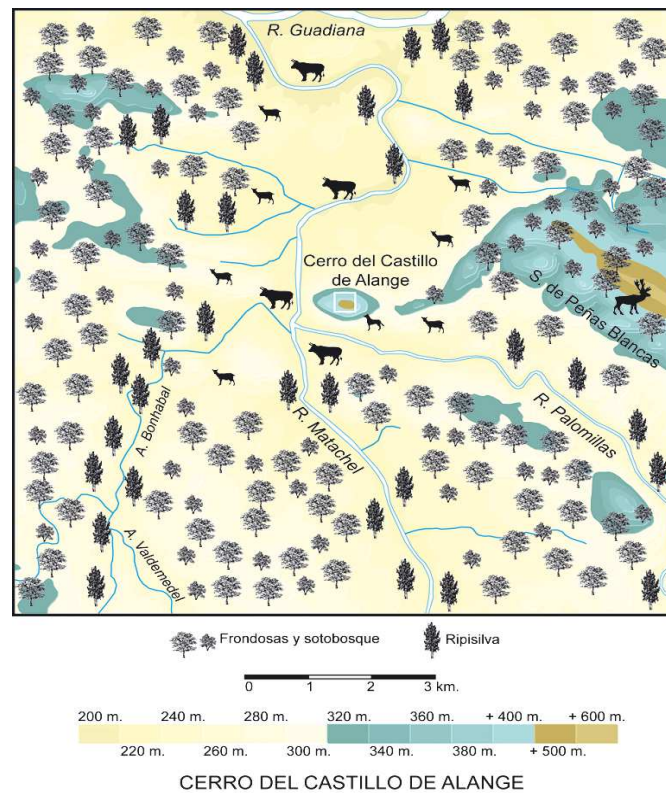


Fig. 4. Propuesta paleopaisajística del entorno de Alange (Badajoz).

3. EL TERRITORIO Y SUS LECTURAS

Es preciso reconocer que resulta muy comprometedor y arriesgado, a día de hoy, proponer la estructura territorial en que debió integrarse el Cerro del Castillo de Alange. Ello es debido, en parte, a la propia existencia del embalse, que impide llevar a cabo una prospección sistemática *ad hoc* en la zona teóricamente más atractiva para el poblamiento, la de los valles fluviales aledaños. Pero, si damos crédito -y no hay por qué no darlo- a los resultados del *Proyecto*

Alange, el plan de prospecciones previo al llenado del embalse coordinado por J. A. Calero Carretero, ha de interpretarse del vacío de documentación sincrónica en el vaso del embalse la ausencia de un poblamiento subsidiario inmediato (Calero y Márquez, 1991). Ello implicaría, con todas las reservas, la predilección en este caso por una pauta de tipo nuclear para el poblamiento y la explotación de los recursos circundantes.

No obstante, una lectura desde una perspectiva más amplia, que contraste el panorama del Cerro del Castillo con lo que conocemos del Bronce en la comarca de Los Barros, nos sugiere nuevas reflexiones sobre el carácter autárquico o integrado del poblado alangeño y en general sobre los patrones territoriales vigentes en este escenario. En este sentido, la Tierra de Barros es un espacio relativamente pródigo en hallazgos del Bronce, especialmente en su mitad oriental, que ofrecen su contrapunto al consistir fundamentalmente en pequeños y simples agregados de cistas (sin estructuras tumulares integradoras, como sucede en diversos casos sud-portugueses) que salpican buena parte de su geografía. Ya desde el mencionado trabajo de M. Gil-Mascarell, A. Rodríguez y J. J. Enríquez (1986: 37) se apuntó la vinculación global de muchas de ellas a lugares bajos de relieve muy suave, con buenos recursos para una economía de subsistencia. A esos casos de Palacio Quemado, El Piojo, Villargordo, Puebla del Prior o Las Palomas se ha sumado -al margen de otros aún no publicados, en estudio por otros investigadores- el de Las Minitas, en Almendralejo (Pavón Soldevila, 2002-2003 y 2008). *A priori*, cabría distinguir entre lo que parece el trasunto funerario de un poblamiento de entidad menor y carácter agrario (tal vez asentamientos rurales de escala familiar), que se insinúa en los sitios antes citados y casi siempre carentes de un registro arqueológico fiable -aquí Las Palomas, en Villafranca de los Barros, representa la excepción con sus cinco cistas detalladamente documentadas-, y la necrópolis almendralejense que, aún no excavada en su totalidad, apunta por su veintena de receptáculos conocidos a una entidad de población algo mayor, para la que tal vez resulte prematura una calificación de “aldeana”, pero que teóricamente podríamos contemplar. Este último sitio, asociado a un poblado mal conocido y ubicado en la parte más alta de la loma en cuya falda se extiende su cementerio, ha aportado una información relativamente sugerente a efectos de estudio paleodemográfico -aspecto que no vamos a tratar aquí-, pero también de cara a la reconstrucción del rito funerario -revisado en distintas ocasiones (Amo, 1993; Soares *et al.*, 2009)- y de los patrones de diferenciación social.

En relación con esto último -un tópico sobre el que se cuenta hoy con ambiciosos e innovadores ensayos diacrónicos a escala del Suroeste (García

Sanjuán, 1999 y 2006)-, frente a la escasa variación que muestran las pequeñas necrópolis (tal vez mediatizada por los condicionantes ya indicados), la de Las Minitas ofrece un principio de diferenciación social según el cual solo algunos de los individuos enterrados (en torno a un 30%) dispondrían de elementos de ajuar susceptibles de valorarse en este sentido. Sin embargo, los criterios de desigualdad a que parece obedecer la distribución de los ajuares -punzones de cobre y vasos con decoración nervada y gallonada típicos del Bronce del Suroeste II- son, hasta donde conocemos, el sexo y la edad de los finados (Pavón Soldevila, 2008: 85-86); es decir, argumentos que se alejan de los que resultarían más propios en una sociedad estratificada (García Sanjuán, 1999: 37). Por el contrario -y sin que por ello entendamos que pueda defenderse nítidamente una sociedad de clases; entre otras cosas porque aquí los ingredientes para la reflexión proceden de un contexto diferente, esencialmente habitacional, y apenas virgen- en el Cerro del Castillo pueden constatarse ciertos aspectos interrelacionados que, siguiendo algunas de las líneas del análisis teórico-arqueológico de la desigualdad (Lull y Micó, 2007: 258-261), permitirían defender, tal vez, una más acentuada complejidad social en el contexto protourbano alangeño. Como ya hemos anticipado en alguna ocasión (Pavón *et al.*, 2009), nos referimos a cuestiones como la presencia integrada o relacional de: a) bienes de prestigio o emblemas de poder, como una daga con empuñadura y remaches de oro, seguramente infantil por sus dimensiones -con el valor añadido que ello conlleva, en tanto expresión de estatus adscrito desde el nacimiento o heredado- (Pavón Soldevila, 1998a: 71-74; Perea, 2005: 93-94); b) de armas de cobre/bronce, a veces similares a las representadas en las losas o estelas alentejanas (Almagro Basch, 1966; Gomes, 2006), que admitirían tal vez una lectura desde claves coercitivas; y c) de la ya aludida presencia de estructuras de almacenamiento centralizadas y permanentes, que en nuestra opinión permitirían defender la existencia de personajes con una función integradora-redistribuidora y organizativa en sintonía con formas aparentemente consolidadas de poder (Fig. 5).

Pero, trascendiendo de estas diferencias, el gran interrogante es si pueden trasladarse a la esfera territorial y si ello permite presuponer modelos igualmente complejos de estructuración. Un argumento a favor, sin duda, es que dicha diversidad tiene su trasunto en la aparente triple entidad de las ocupaciones (granja, aldea -a falta de otro término mejor para este segundo nivel- y poblado en alto), que además conviven en una misma circunscripción geográfica, la comarca de Tierra de Barros, sincrónicamente. Precisamente, no hace mucho se ha ponderado este tipo de escalas restringidas a la hora de acotar los

estudios sobre procesos de complejidad social del II milenio a.C., y así, se ha apuntado a las comarcales como posiblemente las más cercanas a la entidad de los procesos de “territorialización” o “cohesión política” que pudieron darse durante la Edad del Bronce (Delibes de Castro, 2001-02: 36). De aceptarse este planteamiento, contaríamos con indicios para plantear, al menos como hipótesis de trabajo, una teórica jerarquización territorial, de dimensiones espaciales limitadas y articulada a partir del poblado en alto alangeño. Una hipótesis, dicho sea de paso, en la línea ya señalada por otros autores, desde un registro también deficitario en algunos aspectos, para zonas sud-portuguesas del Bronce del Suroeste (Soares y Silva, 1995 y 1998), aunque con los lógicos matices que se derivan del incipiente recorrido historiográfico, y del propio estado de la investigación, en el sur extremeño.

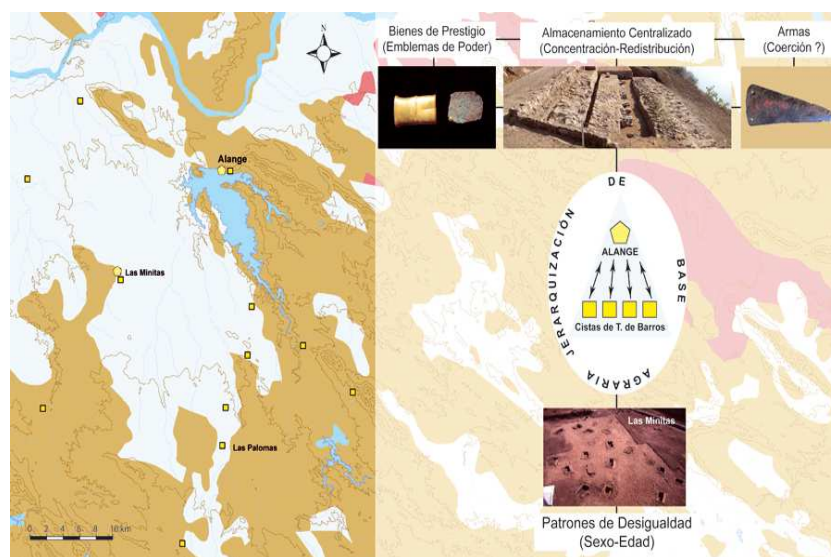


Fig. 5. Modelo jerarquizado de base agraria en la Tierra de Barros oriental.

Estos mismos autores, en su valoración global sobre la prehistoria reciente del Suroeste, plantearon en su día que la solución a las contradicciones internas del modelo calcolítico debió pasar, concretamente, por la emergencia de una autoridad centralizada y competente para controlar tanto las activida-

des productivas de grandes territorios como las redes de intercambio a larga distancia (Soares y Silva, 1998: 234). En relación con ello, aunque en los últimos tiempos se han insinuado notables expresiones, por ejemplo, de la capacidad de interconexión transmediterránea (Martín de la Cruz, 2008; Mesado, 1999), incluso en el propio Suroeste -en particular a partir de los objetos de la célebre sepultura de Belmeque (Soares, 1994), hoy relacionada con el entorno Egeo (Mederos, 2009)-, ha de reconocerse que sigue siendo difícil calibrar el ámbito de influencia y hasta el papel jugado por esas supuestas élites locales. Asimismo, es clara la circulación de ideas y productos a lo largo y ancho de la geografía suroccidental, pero creemos que ello no tiene por qué implicar en sí la existencia de una entidad política de tal magnitud. Además, si bien las expresiones de nuevas formas de poder se insinúan en la Baja Extremadura al menos desde el Calcolítico Final (Hurtado, 1999), no nos parecen tan claras -sobre todo si admitimos como argumento de contraste la escala del territorio político emanado de La Pijotilla hacia el 2300-2000 A.N.E. (Hurtado, 1995: 59-62), consonante con otras propuestas sincrónicas suroccidentales (Nocete, 2001: 146)- las visualizaciones en el Bronce de territorios políticos amplios en base al registro arqueológico hoy conocido.

Es por ello que no creemos que pueda mantenerse hoy por hoy una percepción del Bronce del Suroeste como una entidad política de escalas supracomarcales o regionales y comportamiento uniforme, sino más bien la de un ente cultural en general consistente en sus expresiones (y a la vez permeable a otras: argáricas, protocogotas...) pero diverso en sus expresiones sociopolíticas, aunque con niveles de complejidad probablemente mayores -si bien siempre de escalas limitadas- en determinadas zonas con recursos especialmente valorados, o en “geografías clave” para la integración económico-cultural. En este marco, el caso estudiado y propuesto en torno a Alange ejemplificaría una pauta jerarquizada presumiblemente de base agraria, probablemente no única en el Suroeste, pero consecuente con una geografía marcada por elementos atractivos para desarrollar cultivos rentables con ciertas ventajas para ensayar, además, ciertas fórmulas de articulación sociopolítica.

BIBLIOGRAFÍA

- ABARQUERO MORAS, F. J.: *Cogotas I. La difusión de un tipo cerámico durante la Edad del Bronce*. Arqueología en Castilla y León, 4, Valladolid, 2005.
- ALMAGRO BASCH, M.: *Las estelas decoradas del suroeste peninsular*. Biblioteca Praehistorica Hispana, vol. VIII, Madrid, 1966.
- ALVES, C.; COSTEIRA, C.; ESTRELA, S.; PORFÍRIO, E.; SERRA, M.; SOARES, A. MONGE y MORENO-GARCÍA, M.: “Hipogeus funerários do Bronze Pleno em Torre Velha 3 (Serpa, Portugal). O Sudeste no Sudoeste?!”, *Zephyrus*, LXVI, 2010, pp. 135-154.
- AMO Y DE LA HERA, M. del: “Formas y ritos funerarios en las necrópolis de cistas del suroeste peninsular”, *Spal*, 2, 1993, pp. 169-182.
- BARCELÓ, J. A.: “El Bronce del Sudoeste y la cronología de las estelas alentejanas”, *Arqueologia*, 21, 1991, pp. 15-24.
- BARRIENTOS ALFAGEME, G.: “Introducción geográfica a la historia de Extremadura”, *Historia de Extremadura*, I, Badajoz, 1985, pp. 13-60.
- *Geografía de Extremadura*, Badajoz, 1990.
- “Introducción geográfica: Extremadura, una realidad diversa”, en RODRÍGUEZ DÍAZ, A. (Coord.): *Extremadura Protohistórica: Paleoambiente, economía y poblamiento*, Cáceres, 1998, pp. 15-28.
- BARROSO BERMEJO, R. M. y GONZÁLEZ CORDERO, A.: “Datos para la definición del Bronce Final en la zona suroccidental de La Meseta. Los yacimientos de la comarca del Campo Arañuelo (Cáceres)”, *Revista de Estudios Extremeños*, LXIII-1, 2007, pp. 11-36.
- BLASCO BOSQUED, M. C.: “Apuntes sobre el tiempo y el espacio en la Edad del Bronce peninsular”, *Y acumularon tesoros. Mil años de historia en nuestras tierras*, Valencia, 2001-02, pp. 51-66.
- BUXÓ CAPDEVILA, R.: “Algunos aspectos sobre las leguminosas en el Mediterráneo peninsular: nuevos datos de investigación de restos paleocarpológicos”, en VILA, A. (Coord.): *Arqueología*, Madrid, 1991, pp. 101-114.
- *Des semences et des fruits. Cueillette et agriculture en France et en Espagne méditerranéennes du Néolithique à l'Age du Fer*. Tesis Doctoral, Université de Montpellier II, 2 vols., 1993.

- CALERO CARRETERO, J. A. y MÁRQUEZ GABARDINO, A.: “Prospecciones, sondeos y excavaciones en Alange (1984-1987)”, *I Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura (1986-1990)*, Extremadura Arqueológica, II, Mérida-Cáceres, 1991, pp. 579-597.
- CASTAÑOS UGARTE, P. M.: “Estudio arqueozoológico de la fauna del Cerro del Castillo de Alange (Badajoz)”, en PAVÓN SOLDEVILA I. (Ed.): *El Cerro del Castillo de Alange (Badajoz). Intervenciones arqueológicas (1993)*, Memorias de Arqueología Extremeña, 1, Mérida, 1998a, pp. 167-177.
- “Evolución de las faunas protohistóricas en Extremadura”, en RODRÍGUEZ DÍAZ, A. (Coord.): *Extremadura Protohistórica: Paleoambiente, Economía y Poblamiento*, Cáceres, 1998b, pp. 63-72.
- CASTRO MARTÍNEZ, P. V., LULL, V. y MICÓ, R.: *Cronología de la Prehistoria Reciente de la Península Ibérica y Baleares (c.2800-900 cal ANE)*, BAR International Series, 652, Oxford, 1996.
- CONTRERAS CORTÉS, F. (coord.): *Proyecto Peñalosa. Análisis histórico de las comunidades de la Edad del Bronce del piedemonte meridional de Sierra Morena y la Depresión Linares-Bailén*, Sevilla, 2000.
- DE PEDRO MICHÓ, M. J.: *La Lloma de Betxí (Paterna, Valencia). Un poblado de la Edad del Bronce*, Trabajos Varios del S.I.P., 94, Valencia, 1998.
- DELIBES DE CASTRO, G.: “En la estela de Luis Siret. Cien años de investigación de la Edad del Bronce en España”, *Y acumularon tesoros. Mil años de historia en nuestras tierras*, Valencia, 2001-02, pp. 28-39.
- DUQUE ESPINO, D. M.: *La gestión del paisaje vegetal en la Prehistoria reciente y Protohistoria en la Cuenca Media del Guadiana a partir de la Antracología*, 2004.
- “Antracoanálisis del Cerro del Castillo de Alange (Badajoz)”, *II Jornadas de Arqueología en Extremadura*, Mérida, 26-novi./1-dic. de 2001, e.p.
- DUQUE ESPINO, D.M. y PÉREZ JORDÀ, G.: “Análisis antracológico y carpológico de los hoyos del Carrascalejo: medio vegetal y agricultura en la Edad del Bronce en la Cuenca Media del Guadiana”, en ENRÍQUEZ, J.J. y DRAKE, B. (Ed.): *El campo de hoyos de la Edad del Bronce del Carrascalejo (Badajoz)*, Memorias de Arqueología Extremeña, 7, Mérida, 2007, pp. 145-157.
- EIROA, J. J.: *La Edad del Bronce en Murcia*, Real Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 2004.

- ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J. J.: “Algunas cerámicas decoradas del Castillo de Alange (Badajoz)”, *Homenaje a Samuel de los Santos*, Albacete, 1988, pp. 109-112.
- *El Calcolítico o Edad del Cobre de la cuenca extremeña del Guadiana: los poblados*, Badajoz, 1990a.
- “El Bronce Final extremeño y su relación con la cultura tartésica”, *La cultura tartésica y Extremadura*, Cuadernos Emeritenses, 2, Mérida, 1990b, pp. 63-84.
- ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J. J. y CARRASCO MARTÍN, M. J.: “Las necrópolis de cistas de Las Arquetas (Fregenal de la Sierra, Badajoz) y otros restos de necrópolis de cistas en las estribaciones occidentales de la Sierra Morena extremeña”, *Spal*, 4, 1995, pp. 101-129.
- ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J. J. y DRAKE GARCÍA, B.: “*El campo de hoyos de la Edad del Bronce del Carrascalejo (Badajoz)*”, *Memorias de Arqueología Extremeña*, 7, Mérida, 2007.
- FERNÁNDEZ VEGA, A. y HERNÁNDEZ GRANDE, A.: “Bronce Antiguo y Bronce Medio en la Península Ibérica I: el Sur, Levante y Baleares”, en MENÉNDEZ FERNÁNDEZ, M. (coord.): *Prehistoria y Protohistoria de la Península Ibérica*, Tomo II, Madrid, 2007, pp. 187-235
- FILIPPE, V., GODINHO, R., GRANJA, R., RIBEIRO, A. y VARELA, A. C.: “Bronze Age Funerary Spaces in Outeiro Alto 2 (Brinches, Serpa, Portugal): The Hypogea Cemetery”, *Zephyrus*, LXXI, 2013, pp. 107-129.
- GARCÍA SANJUÁN, L.: *Los orígenes de la estratificación social. Patrones de desigualdad en la Edad del Bronce del Suroeste de la Península Ibérica (Sierra Morena Occidental c. 1700-1100 a.n.e. / 2100-1300 A.N.E.)*, BAR International Series, 823, Oxford, 1999.
- “Funerary ideology and social inequality in the Late Prehistory of the Iberian South-West (c. 3300-850 cal BC)”, en DÍAZ DEL RÍO, P. y GARCÍA SANJUÁN, L. (ed.): *Social Inequality in Iberian Late Prehistory*, BAR International Series, 1525, Oxford, 2006, pp. 149-169.
- GIL-MASCARELL BOSCA, M.; RODRÍGUEZ DÍAZ, A. y ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J. J.: “Enterramientos en cista de la Edad del Bronce en la Baja Extremadura”, *Saguntum*, 20, 1986, pp. 9-41.
- GOMES, M. VARELA: “A Idade do Bronze en Algarve”, en JORGE, S. OLIVEIRA (Com.): *A Idade do Bronze em Portugal. Discursos de poder*, Lisboa, 1995, pp. 140-143.

- “Estelas funerarias da Idade do Bronze Médio do Sudoeste Peninsular”, *A iconografía do poder. Actas do VIII Congreso Internacional de Estelas Funerárias*, O Arqueólogo Português, suplemento 3, Lisboa, 2006, pp. 47-62.
- GRAU ALMERO, E.; PÉREZ JORDÀ, G. y HERNÁNDEZ CARRETERO, A. M.: “Paisaje y agricultura en la Protohistoria extremeña”, en RODRÍGUEZ DÍAZ, A. (Coord.): *Extremadura Protohistórica: Paleoambiente, Economía y Poblamiento* (Rodríguez Díaz, A., Coord.), Cáceres, 1998a, pp. 31-62.
- GRAU ALMERO, E., PÉREZ JORDÀ, G. y HERNÁNDEZ CARRETERO, A. M.: “Estudio arqueobotánico del Cerro del Castillo de Alange (Badajoz)”, en PAVÓN SOLDEVILA, I. (Ed.): *El Cerro del Castillo de Alange (Badajoz). Intervenciones arqueológicas (1993)*, Memorias de Arqueología Extremeña, 1, Mérida, 1998b, pp. 149-166.
- HERNÁNDEZ CARRETERO, A.M., *Paleoambiente y paleoeconomía durante el Ier milenio a.C. en Extremadura*, Tesis Doctoral inédita, Universidad de Extremadura, Cáceres, 1999.
- HERNÁNDEZ PACHECO, F.: *Bosquejo preliminar de las comarcas geográficas de Extremadura (Cáceres, Badajoz y Huelva)*, Madrid, 1934.
- HURTADO PÉREZ, V.: “La excavación de una sepultura circular de la Edad del Bronce en Guadajira (Badajoz)”, *Homenaje a Cánovas Pesini*, Badajoz, 1985, pp. 25-35.
- “Interpretación sobre la dinámica cultural en la Cuenca Media del Guadiana (IV-II milenios a.n.e.)”, *Homenaje a la Dra. Dña. Milagro Gil-Mascarell Boscà*, Extremadura Arqueológica, V, Mérida, 1995, pp. 53-80.
- “Los inicios de la complejización social y el campaniforme en Extremadura”, *Spal*, 8, 1999, pp. 47-83.
- HURTADO PÉREZ, V., GARCÍA SANJUÁN, L. y HUNT ORTIZ, M. A. (Coords.): *El asentamiento de El Trastejón (Huelva)*, Sevilla, 2011.
- JORGE, S. OLIVEIRA (Com.): *A Idade do Bronze em Portugal. Discursos de poder*, Lisboa, 1995.
- LULL, V. y MICÓ, R.: *Arqueología del origen del Estado: las teorías*, Barcelona, 2007.
- MARTÍN DE LA CRUZ, J. C.: “El valle medio del Guadalquivir”, en CELESTINO, S., RAFEL, N. y ARMADA, X. L. (ed.): *Contacto cultural entre el Medi-*

terráneo y el Atlántico (siglos XII-VIII a.n.e.). La precolonización a debate, Madrid, 2008, pp. 289-299.

MEDEROS MARTÍN, A.: “La sepultura de Belmeque (Beja, Bajo Alentejo). Contactos con el Egeo durante el Bronce Final I del Suroeste de la Península Ibérica (1625-1425 AC)”, *Veleia*, 26, 2009, pp. 235-264.

MESADO, N.: *Los movimientos culturales de la Edad del Bronce y el Mediterráneo como vía de llegada*, Trabajos varios del SIP, 96, Valencia, 1999.

MONSALUD, M. de: “Citanias extremeñas”, *Revista de Extremadura*, III, Cáceres, 1901, pp. 6-14.

NOCETE, F.: *Tercer milenio antes de nuestra era. Relaciones y contradicciones centro/periferia en el Valle del Guadalquivir*, Barcelona, 2001.

ORTIZ ROMERO, P.: *Institucionalización y crisis de la Arqueología en Extremadura. Comisión de Monumentos de Badajoz. Subcomisión de Mérida (1844-1971)*, Mérida, 2007.

PARREIRA, R.: “Aspectos da Idade do Bronze no Alentejo Interior”, en JORGE, S. OLIVEIRA (Com.): *A Idade do Bronze em Portugal. Discursos de poder*, Lisboa, 1995, pp. 131-134.

PARREIRA, R. y BARROS, P.: “Necrópolis do Algarve no 2º e 1º Milénio a.n.e.”, *Actas do 4º Encontro de Arqueologia do Algarve*, Xelb, 7, 2007, pp. 89-102.

PAVÓN SOLDEVILA, I.: *Aproximación al estudio de la Edad del Bronce en la Cuenca Media del Guadiana: La Solana del Castillo de Alange (1987)*, Cáceres, 1994.

– “Bases estratigráficas para una revisión cronológica del Bronce del Suroeste: el Corte 3 de la Umbría del Cerro del Castillo de Alange (Badajoz)”, *Homenaje a la Dra. Dña. Milagro Gil-Mascarell Boscà*, Extremadura Arqueológica, V, Mérida, 1995, pp. 81-96.

– *El Cerro del Castillo de Alange (Badajoz). Intervenciones arqueológicas (1993)*, Memorias de Arqueología Extremeña, 1, Mérida, 1998a.

– *El tránsito del II al I milenio a.C. en las cuencas medias de los ríos Tajo y Guadiana: la Edad del Bronce*, Cáceres, 1998b.

– “Muerte en los Barros: aproximación a la dinámica demográfica, ritual y social de una necrópolis de cistas en la Baja Extremadura”, *Estudios Prehistóricos*, X-XI, Viseu, 2002-03, pp. 119-144.

- *El mundo funerario de la Edad del Bronce en la Tierra de Barros: una aproximación desde la bio-arqueología de Las Minitas*, Memorias de Arqueología Extremeña, 9, Mérida, 2008.
- PAVÓN SOLDEVILA, I. y DUQUE ESPINO, D. M.: “Un yacimiento para la reflexión en torno al II milenio a.C. en la Tierra de Barros”, *II Jornadas de Arqueología en Extremadura* (Mérida, 2001), e.p.
- PAVÓN SOLDEVILA, I., DUQUE ESPINO, D. M., PÉREZ JORDÀ, G. y MÁRQUEZ GALLARDO, J. M.: “Novedades en la Edad del Bronce del Guadiana Medio. Intervención en el Cerro del Castillo de Alange (2005-2006)”, *IV Encuentro de Arqueología del Suroeste Peninsular*, Huelva, 2009, pp. 442-462.
- PAVÓN SOLDEVILA, I., GONZÁLEZ CARBALLO, J. L. y PLAZA, F.: “Las Minitas (Almendralejo, Badajoz): una necrópolis de cistas del Bronce del Suroeste en la Tierra de Barros (campana de urgencia de 1994)”, *Norba*, 13, 1993, pp. 11-36.
- PEREA, A.: “Mecanismos identitarios y de construcción del poder en la transición Bronce-Hierro”, *Trabajos de Prehistoria*, 62-2, 2005, pp. 91-104.
- PINGEL, V.: “Estructura del asentamiento y formas arquitectónicas”, en SCHUBART, H., PINGEL, V. y ARTEAGA, O. (Eds.): *Fuente Álamo. Las excavaciones arqueológicas (1977-1991) en el poblado de la Edad del Bronce*, Sevilla, 2000, pp. 63-90.
- PONCE DE LEÓN IGLESIAS, M.: “Les meules de la région de Alange, Estrémadure, Espagne”, *Actes de la Table Ronde sur l'Evolution typologique et techniques des meules du Néolithique à l'an mille sur le territoire français*, Saint Julien sur Garonne, octubre de 2009, e.p.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. (coord.): *Extremadura protohistórica: paleoambiente, economía y poblamiento*, Cáceres, 1998.
- ROOS, A. M.: “El cuestionamiento histórico social del Bronce Tardío en Andalucía”, *Memorial Luis Siret*, Cuevas del Almanzora-Antequera, 2010. <http://www.memorialsiret.es/programa>
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M.: *La Europa Atlántica en la Edad del Bronce. Un viaje a las raíces de la Europa occidental*, Barcelona, 1998.
- (coord.): *La Edad del Bronce, ¿primera edad de oro de España? Sociedad, Economía e ideología*, Barcelona, 2001.

- SANTOS, F.; AREZ, L.; SOARES, A. M. MONGE; DEUS, M. de; QUEIROZ, P. F.; VALÉRIO, P.; RODRIGUES, Z.; ANTUNES, A. S.; y ARAÚJO, M. de F.: “O Casarão da Mesquida 3 (S. Manços, Évora): um sítio de fossas silo do Bronze Pleno/Final na Encosta do Albardão”, *Revista Portuguesa de Arqueologia*, 11-2, 2008, pp. 55-86.
- SCHUBART, H.: “Estratigrafía horizontal de Atalaia. Una contribución a la cronología de la Edad del Bronce en el Sudoeste de la Península Ibérica”, XI Congreso Nacional de Arqueología, Zaragoza, 1968, pp. 396-414.
- “Tumbas megalíticas con enterramientos secundarios de la Edad del Bronce de Colada de Monte Nuevo de Olivenza”, *Crónica del XII Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza, 1971a, pp. 175-190.
 - “O Horizonte de Ferradeira. Sepulturas do Eneolítico Final do Sudoeste da Península Ibérica”, *Revista de Guimarães*, LXXXI, 3-4, 1971b, pp. 189-215.
 - “La cultura del Bronce del sudoeste peninsular. Distribución y definición”, *Miscelánea Arqueológica*, II, Ampurias-Barcelona, 1974a, pp. 345-370.
 - “Novos achados sepulcrais do Bronze do Sudoeste II”, *Actas das II Jornadas Arqueológicas*, volumen II, Lisboa, 1974b, pp. 65-86.
 - *Die Kultur der Bronzezeit im Südwesten der Iberischen Halbinsel*. Madrider Forschungen, 9, Berlin, 1975.
- SOARES, A. M. MONGE: “O Bronze do Sudoeste na margen esquerda do Guadiana. As necrópoles do concelho de Serpa”, *Actas das V Jornadas Arqueológicas (Lisboa, 1993)*, Lisboa, 1994, pp. 179-197.
- SOARES, A. M. MONGE, SANTOS, F. J. C., DEWULF, J., DEUS, M. de, y ANTUNES, A. S.: “Práticas rituais no Bronze do Sudoeste - Alguns dados”, *Estudos Arqueológicos de Oeiras*, 17, 2009, pp. 433-456.
- SOARES, J. y SILVA, C. TAVARES da: “O Alentejo Litoral no Contexto da Idade do Bronze do Sudoeste Peninsular”, en JORGE, S. OLIVEIRA (Com.): *A Idade do Bronze em Portugal. Discursos de poder*, Lisboa, 1995, pp. 136-139.
- “From the collapse of the chalcolithic mode of production to the development of the Bronze Age societies in the south-west of Iberian peninsula”, en JORGE, S. OLIVEIRA (ed.): *Existe uma Idade do Bronze Atlântico?*, Trabalhos de Arqueologia, 10, Lisboa 1998, pp. 231-245.